

(Palabras pronunciadas ante la tumba de Domingo Faustino Sarmiento en el 130° aniversario de su muerte el 11 de septiembre de 2018)

Escuchar a Sarmiento

Guillermo Jaim Etcheverry

Exiliado y pobre, el 11 de septiembre de 1888 moría en Asunción, Paraguay, nuestro gran maestro Domingo Faustino Sarmiento legándonos un ejemplo que no siempre hemos honrado. Diez días más tarde, el 21 de septiembre, se inhumaban aquí sus restos.

En esa oportunidad, el entonces vicepresidente de la Nación, Carlos Pellegrini, en una breve pero memorable oración fúnebre emitía el ya famoso juicio definitivo. Decía: *“Sarmiento nada debe a su época, ni a su escena. Fue el cerebro más poderoso que haya producido la América”* y proseguía, *“Nacido en el primer año de la revolución, ha sido el que vio más lejos en el porvenir los destinos de nuestra patria y quien mejor comprendió los medios de alcanzarlos. Ha sido el faro más alto y más luminoso de los muchos que nos han guiado en la difícil senda”*. Profetizaba Pellegrini: *“Cuando la República Argentina sea una de las grandes naciones de la tierra y sus hijos vuelvan la mirada hacia la cuna de su grandeza, verán destacarse la sombra de Sarmiento, consagrado desde hoy y para siempre como uno de los Padres de la patria”*.

La vasta obra literaria y de publicista de Sarmiento ha sido recogida en 52 volúmenes redactados en medio de una actividad febril que lo llevó a recorrer el mundo al tiempo que desplegaba una tarea ciclópea de construcción de instituciones sociales, pocas veces igualada.

En sus escritos la educación ocupa un lugar fundamental y es precisamente a esa faceta de su inmensa personalidad que quisiera referirme en esta ocasión. En lugar de realizar la exégesis de su pensamiento, tarea que muchos de Ustedes han hecho acabadamente, quisiera invitarlos a volver a escuchar la voz del maestro.

En 1857 dijo: *“Leer y escribir es la civilización entera”*. Una frase que tal vez sea la que resume su credo.

Cuando definió el valor social de la educación, afirmó: *“La educación pública ha quedado constituida en derecho de los gobernados, obligación del gobierno y necesidad absoluta de la sociedad”*. Destacaba así el ineludible compromiso del Estado con la educación de todos, tarea que consideraba esencial para garantizar las funciones que la sociedad requiere de sus integrantes.

Decía: *“Un padre pobre no puede ser responsable de la educación de sus hijos, pero la sociedad en masa tiene interés vital en asegurarse de que todos los individuos que han de venir con el tiempo a formar la nación, hayan por la educación recibida en su infancia, preparándose suficientemente para desempeñar las funciones sociales a que serán llamados. El poder, la riqueza y la fuerza de una nación dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen; y la educación pública no debe tener otro fin que el aumentar estas fuerzas de producción, de acción y de dirección, aumentando cada vez más el número de individuos que las posean”*. Ese breve párrafo

resume el proyecto fundacional que una generación tuvo para la Argentina que consideraba a la educación la herramienta esencial para lograr la consolidación de nuestra sociedad, cerrando las brechas generadas por la desigualdad.

Cuando en 1869 se conoció el resultado del primer censo nacional que Sarmiento promovió y se comprobó que el 87 por ciento del millón 830 mil habitantes era analfabeto, convocó a su gabinete y le anunció: “ *‘Señores ministros: ante los primeros datos del censo, voy a proclamar mi primera política de Estado para un siglo: escuelas...escuelas...escuelas...’*. Al principio de la lucha electoral que me llevó a la presidencia un diario de esta ciudad, combatiéndome decía: ‘¿Qué nos trae Sarmiento de los Estados Unidos si es electo Presidente?’, y se contestaba: ‘¡Escuelas! ¡Nada más que escuelas!’” Estaba en lo correcto.

A propósito de las críticas a la magnificencia con la que se planificaban esas escuelas – el primer edificio concebido específicamente para ese fin fue el de Catalinas al Norte en 1859 – Sarmiento respondía: “*Los pueblos bárbaros permanecen estacionarios, menos por el atraso de sus ideas que por lo limitado de sus necesidades y por sus deseos. Donde bastan una piedra o un trozo de madera para sentarse, la mitad de los estímulos de la actividad humana están suprimidos. Nuestras escuelas deben, por tanto, ser construidas de manera que su espectáculo, obrando diariamente sobre el espíritu de los niños, eduque su gusto, su físico y sus inclinaciones. No sólo debe reinar en ellas el más prolijo y constante aseo, cosa que depende de la atención y solicitud obstinada del maestro, sino también tal comodidad para los niños, y cierto gusto y aun el lujo de decoración, que habitúe sus sentidos a vivir en medio de esos elementos indispensables de la vida civilizada*”. Agregaba a propósito de la inauguración de cuarenta y cuatro edificios suntuosos de escuelas: “*Las ciudades de la América española han sido dotadas en estos últimos años de aguas corrientes, jardines, alumbrados a gas, etc., etc., pero solo Buenos Aires ha sido dotada además de edificios de escuelas suntuosísimos, obedeciendo a un propósito de las instituciones que rigen a la Nación entera. Ha entrado, pues, el país en una era nueva en que no han entrado todavía las otras secciones hispanoamericanas*”. Eso es lo que habría de hacer Sarmiento: escuelas. Porque como lo señala Pellegrini, era a la vez apóstol y soldado, visionario y arquitecto.

Se afirmaba entonces también como crítica, que la educación era la manía de Sarmiento. Este respondía: “*Las manías han hecho del mundo lo que es hoy. Manía fue la libertad para pueblos que, como el inglés, la conquistaron en siglos con su sangre; manía fue la independencia, en la generación que nos precedió, hasta dejárnosla asegurada. Solo cuando una grande aspiración social se convierte en manía, se logra el hacerla hecho, institución, conquista*”.

En 1870 en su mensaje presidencial al abrir las sesiones del Congreso de ese año dijo: “*La empresa gloriosa de nuestro siglo es la de difundir en toda la masa de los habitantes de un país cierto grado de instrucción, para que cada uno pueda abrirse honorablemente acceso a la participación de las ventajas sociales y tomar su parte en un gobierno de todos y para todos; no hay república sino bajo esta condición, y la palabra democracia es una burla donde el gobierno que en ella se funda pospone o descuida formar al ciudadano moral e inteligente*” y se interrogaba: “*¿Cuál será el porvenir de repúblicas como la nuestra, donde poblaciones enteras están en condiciones intelectuales peores que los esclavos manumitidos de los Estados del Sur en la Unión Americana, si no extirpamos con mano firme la ignorancia prevalente?*”

Era consciente de las dificultades que enfrentaba su proyecto: *“Desesperando de servir a mi país, porque prefiere a los prestidigitadores que lo divierten, sigo mi camino, consagrándome a preparar el remedio que otros aplicarán más tarde, cuando se convenzan de la eficacia de la panacea. Educación, nada más que educación; pero no de a chorritos, como quisieran, sino acometiendo la empresa de un golpe, y poniendo medios en proporción del mal”*. Porque, agregaba, *“El caudal de los conocimientos que posee hoy el hombre, fruto de siglos de observación de los hechos, del estudio de las causas y de la comparación de unos resultados con otros, es la obra de los sabios: y esta obra eterna, múltiple, inacabable, está al alcance de toda la especie. La prensa la hace libro, y el que lee un libro con todos los antecedentes para comprenderlo, ese tal sabe tanto como el que lo escribió, pues este dejó consignado en sus páginas cuanto sabía sobre la materia”*.

Pero también advertía la trascendencia política y económica de la educación cuando decía: *“El solo éxito económico, nos transformará en una próspera factoría, pero no en una Nación. Una Nación es bienestar económico al servicio de la cultura y de la educación”* y agregaba: *“¿Se disminuye el diezmo? Educad a la masa de la población para aumentar las producciones. ¿Baja en lugar de subir la renta de aduana? Educad a los más para que produzcan algo. ¿Teméis a las revoluciones? Domesticad a los ignorantes, para que no os supriman a vosotros o a vuestros hijos. ¿Queréis que la representación nacional sea una realidad? Educad a los electores futuros”*.

Sostenía que *“El mal no será extirpado de raíz, sino cuando se adopte un sistema universal de educación que haga descender hasta las muchedumbres el conocimiento del mecanismo del gobierno que ellas eligen o destruyen, no siempre con conciencia de sus actos”*.

¿Había en ese entonces una clara demanda social de educación? Responde Sarmiento: *“La demanda de educación está en razón inversa de su necesidad. Pídenla menos los que más la necesitan, que son los destituidos; y tratándose de nuestras provincias, aquellas más apartadas y por lo mismo más pobres o con mayor suma de población ignorante, requieren el auxilio de la Nación para mejorar su condición”*.

En 1884 Sarmiento advertía a la sociedad de entonces: *“Vuestros palacios son demasiado suntuosos al lado de barrios demasiado humildes. El abismo que media entre el palacio y el rancho lo llenan las revoluciones con escombros y con sangre. Pero os indicaré otro sistema de nivelarlos: la escuela”*.

Había comprendido la imperiosa necesidad de afrontar el desafío de la igualación de oportunidades mediante la educación ante el peligro que para todos tenía el mantener ese abismo. Si bien consideraba que recibirla era un derecho inalienable de las personas, trataba de promover la urgencia de educar enfrentando a la sociedad con los riesgos de no hacerlo. Alertaba en 1849 en una frase que repito con insistencia: *“¿No queréis educar a los niños por caridad? ¡Pero hacedlo por miedo, por precaución, por egoísmo! Movéos, el tiempo urge; mañana será tarde.”*

Las apelaciones de Sarmiento que hemos evocado no han perdido vigencia porque apuntan al corazón de las carencias educativas que, lamentablemente, aún enfrentamos. Por eso, es oportuno reiterarlas una y otra vez desde este lugar preñado de significado y ante una sociedad que hoy parece desentenderse de esa crisis de la que, inexplicablemente, cada uno de nosotros considera haberse salvado.

En estas pocas frases de Sarmiento que he evocado, encontramos expuestos los principios fundamentales que nos impulsan a acometer de nuevo la epopeya que él emprendió en su época. Hoy, al igual que a fines del siglo 19, enfrentamos un dilema crucial para el destino de nuestra sociedad: es preciso emprender como cuerpo social la tarea de educar mejor a la mayor cantidad de personas que nos resulte posible. Y, como nos dice Sarmiento, si no lo queremos hacer porque lo consideramos un derecho inalienable de los ciudadanos, hagámoslo como también él lo señalaba por miedo, por precaución, por egoísmo ya que, de no hacerlo y profundizarse la brecha que advertimos entre quienes reciben educación y quienes no lo hacen, la vida en la Argentina será muy difícil en el futuro.

Por eso, la callada voz de Sarmiento que nos interpela desde esta tumba debe estar presente hoy más que nunca porque nos convoca a realizar la imprescindible tarea común de ocuparnos de la educación de los otros y de hacerlo con la convicción de que solo así nuestros hijos y nietos podrán realizarse como personas y contribuir a ubicar a la Argentina entre las grandes naciones de la tierra como decía Pellegrini quien también profetizaba que, cuando lo logremos, sin duda advertiremos la presencia de la sombra de Sarmiento. Fue él quien nos ha señalado el camino y nos ha impuesto el deber de atender al desarrollo personal de cada uno de los habitantes del país. Solo entonces habremos conseguido construir esa gran nación que ellos imaginaron.

Al despedirnos pidámosle al maestro un último consejo ¿Y qué nos dice? *“Hagamos de la República una escuela”*.